

primera bienal internacional (II)

DECIAMOS en la anterior reseña que, dada la importancia de los intérpretes que en la I Bienal Internacional de Música Contemporánea habían concurrido, era deber inexcusable el referirse a ellos por separado.

Schoenberg había respondido a quienes le reprochaban lo «feo» de su música: «Mi música no es fea, simplemente está mal tocada. He aquí algo en lo que no podrá escudarse casi ningún compositor de los interpretados en esta Bienal. Y decimos «casi» porque hasta el sol tiene manchas y es natural que, dentro del nivel general, hubiera sus inevitables altibajos. El director Maurice Le Roux, que dirigió el primer concierto, al frente de la Orquesta Nacional, es titular de la homónima de la Radiodifusión Francesa, sin duda una de las primeras de Francia y aun de Europa. Le Roux es también compositor y como tal ha sido uno de los introductores de los procedimientos de la Escuela de Viena —el serialismo— en Francia, junto con Boulez, en los años heroicos que fueron desde 1948 hasta 1953. Más tarde dejó su carrera de compositor para dedicarse por entero a la dirección de orquesta. Pero el hecho de conocer la música actual desde dentro hace de sus versiones algo fuera de lo común por lo precisas y fieles. Por otra parte, hemos de decir que Le Roux había venido ya a dirigir a nuestra Orquesta Nacional durante su temporada normal de conciertos y con obras de repertorio sinfónico, lo que demuestra una vez más que, quien conoce de veras la música actual, conoce, en realidad, toda la música.

El cuarteto Parrenin era la primera vez que actuaba en Madrid. Otro buen ejemplo de lo dicho. En su concierto de la Bienal, y ante lo desafortunado de los aplausos, ofrecieron un «bis»: el tiempo lento del «Cuarteto» de Debussy. Jamás se oyó una versión más fiel, más ajustada, más perfecta que aquella. El cuarteto Parrenin, proveniente del Conservatorio de París, era ya conocido por el público español por una circunstancia fortuita: la versión de los seis cuartetos de Béla Bartók, publicada por Hispavox entre nosotros, era la suya. Esta especie de bautismo de fuego sirvió para acreditar a un conjunto que, sin duda, figura entre los más significativos del momento. Por otra parte, este cuarteto pertenece a la rara especie de artistas generosos, es decir, que no guardan sólo para sí lo que saben: desde hace ya muchos años enseñan durante el verano la técnica de la interpretación cuartetística contemporánea en los Cursos Estivales de Darmstadt.

Seguía el Conjunto de Grandes Conciertos de la Sorbona, dirigido por Max Deutsch. Su conjunto es, en el momento presente, y pese a que Deutsch cuenta más de setenta años, uno de los centros más vivos y actuales de la joven música en París, sobre todo por sus uniones con el mundo estudiantil. Por otra parte, es imprescindible hacer notar que Deutsch es uno de los discípulos más significativos que Schoenberg tuviera. Justamente, parece haber heredado de él su espíritu pedagógico, aspecto en el que Schoenberg no dejó el mismo número de discípulos que en la pura composición. Deutsch es, sin duda, uno de los maestros más importantes con que la música cuenta actualmente, y de entre sus discípulos, directos o indirectos, se pueden entresacar un buen número de nombres fundamentales del actual momento. Entre sus colaboradores del Grupo de la Sorbona, aparte del cuarteto Parrenin y de un conjunto de viento realmente extraordinario, se cuentan nada menos que Colette Herzog, de la Ópera de París y una de las cantantes más cualificadas del actual panorama musical francés e internacional, con un sentido interpretativo inverosímilmente flexible; John Riley, barítono, cuya capacidad dramático-musical raya en lo genial —su versión de la «Oda a Napoleón» schoenbergiana hará historia—, y la pianista Lucienne Dumont, que una vez más demuestra que la música actual es el más eficaz de los aprendizajes para la música del pasado: se tuvo ocasión de comparar su versión, absolutamente impar, de las «Piezas» op. 11 y op. 33 a y b, de Arnold Schoenberg, con la que hizo de Scarlatti, Bartók, Bach o Schubert en un recital dado en el Ateneo de Madrid para llegar a la conclusión de que cuando se ha llegado a profundizar lo necesario, lo que sucede muy de tarde en tarde, las raíces de lo musical son las mismas y desde ese punto de contemplación, infinitamente más justo que la versión del «divo», se logra la absoluta perfección interpretativa. Este es el caso de la Dumont.

Severino Gazzelloni, uno de los flautas más prodigiosos que jamás se hayan visto, era también la primera vez que actuaba en España. De él ha dicho Stravinski que se trata de un caso límite de perfección interpretativa, una especie de Paganini de la flauta. Y también, padre de innumerables legiones de flautistas, a través de los Cursos Veraniegos de Darmstadt.

Frederick Rzewski, pianista americano, era igualmente la primera vez que venía a España (sáquense las consecuencias precisas de esa monótona ausencia entre nosotros de los más destacados intérpretes de la música actual...). El piano es uno de los instrumentos que más profundamente ha sufrido las consecuencias de la música actual en lo que se refiere a la técnica interpretativa. Rzewski, con media docena más de pianistas en el mundo entero, ha hecho posible tal cambio. La versatilidad en los ataques, la infalibilidad en los pasajes más erizados y, sobre todo, el sentido que la obra actual parece adquirir bajo sus manos, hasta convertirse en algo lógico y necesario, son sus notas más características.

Carla Henius, mezzosoprano, era la tercera vez que venía a Madrid. Por ello, cuenta ya con un público adicto, que recuerda, a la par que su voz, su justeza, su precisión y el conocimiento, en verdad raro, de la obra a interpretar. Siempre ha sido la invitada de honor cuando se trata de hacer Schoenberg —«Pierrot lunaire», Boulez —«El martillo sin dueño», Berio —«Chamber music», etcétera. Ahora, con los «Leiders» de Schoenberg —la op. 22— y de Berg —los de Peter Altenberg—, ha mantenido su prestigio.

Una de las revelaciones de la Bienal para la crítica extranjera ha sido el director español Enrique García Asensio, actual titular de la Orquesta Municipal de Valencia, quien con sus veintiocho años ha hecho una demostración de dotes, conocimiento y seguridad excepcionales en el programa que le estuvo encomendado, de particular interés por suponer una de las participaciones masivas de la joven composición española a la Bienal. Por su parte, Benito Lauret, que dirigió el concierto de clausura, cumplió como concienzudo, exacto y preciso. Y Luis Villarejo, solista en el concierto de García Asensio, cantó en la obra de Antón García Abril con la justeza y el conocimiento en él habituales.

LUIS DE PABLO

A DONDE VA EL
HOMBRE
VA

Siglo de Oro



LA COLONIA DEL HOMBRE SEÑOR...SEÑOR



VERA